

lo general, conforma el canon de cualquier sistema literario nacional y que se erige como el principal insumo de los estudios literarios). Por otro, si retomamos la posible auto-etiquetación del trabajo como “sociología histórica de la cultura” (p. 37), deberíamos añadir que **Traductores del exilio** le propina un cordial sacudón a la sociología, pues constituye una gran prueba que reactualiza aquella opinión de que los mejores estudios de sociología de la literatura en la Argentina provienen del esfuerzo intelectual de investigadores formados en estudios literarios, mal que le pese a los sociólogos.

Hernán Maltz
UBA-CONICET

A propósito de José Luis de Diego, **Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición**. Buenos Aires, Ampersand, 2019, 242 pp.

Determinar la existencia de un campo académico, como es el caso de los estudios sobre el libro y la edición, no es tan difícil: basta identificar un número significativo de investigadores dedicados a un área temática en particular una serie de grupos y programas de estudio aunados bajo un mismo tema general pero con intereses y perspectivas distintas, la renovación periódica de la discusión en torno a las aproximaciones, los límites y la naturaleza misma del objeto de estudio, la realización de encuentros académicos regulares especializados, alguna forma de publicación, cursos de grado o posgrado, y, podríamos añadir, conexiones internacionales. Más arduo, sin embargo, es reconocer el momento en que un área deviene un campo. Si tuviéramos que hacer ese ejercicio en el caso de los estudios del libro y la edición en Argentina, seguramente nos topáramos con dos acontecimientos clave: la publicación en 2006 de la obra colectiva **Editores y políticas editoriales en Argentina** (FCE), y la realización del Primer

Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición (CAELE) que tuvo lugar en La Plata en 2012. Y descubriríamos de inmediato que tras ambos se encuentra el nombre de José Luis de Diego. Aquel libro lo lleva como director y es resultado de su equipo de investigación en la Universidad Nacional de La Plata, y el Coloquio lo tuvo como su principal promotor y coordinador.

El interés por la historia y sociología del libro y la edición en Argentina no empieza con de Diego. Antes se encuentran los trabajos de Domingo Buonocuore, Jorge B. Rivera, Adolfo Prieto, Leandro de Sagastizábal y Beatriz Sarlo, por mencionar sólo los más conocidos. Y de forma paralela, los textos de Horacio Tarcus, Patricia Wilson y Gustavo Sorá. Pero es con la publicación de **Editores y políticas editoriales en Argentina** que se sientan las bases para un programa general de trabajo. A partir de su aparición se multiplicaron las investigaciones monográficas y se ampliaron las discusiones teóricas y metodológicas. Por su parte, el Coloquio funcionó, y continúa funcionando (en 2018 alcanzó su tercera edición con 110 ponencias y un crecimiento notable de participantes extranjeros), como organizador de la conversación y como un estímulo importante para la ampliación de la agenda académica.

Desde este punto de vista, el último libro de José Luis de Diego puede ser leído como parte de su trabajo de reflexión sobre el desarrollo de este campo de estudios, de sus problemas y límites, así como de su voluntad constante de empujar el horizonte de investigación un poco más allá. En ese sentido, **Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición**, publicado en 2019 por Ampersand, reúne seis textos que funcionan como una ampliación de los once estudios que conforman **La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición**, su libro inmediatamente anterior también publicado por Ampersand en 2015. La hipótesis que organiza su nueva obra se encuentra en el título mismo: si los autores no escriben libros, entonces quiénes lo ha-

cen. En los ensayos y estudios que componen el volumen, de Diego despliega todas las armas de la sociología y la historia a su alcance para demostrar que el vínculo entre autor y obra no es directo ni mucho menos transparente. Que ese vínculo, blindado por el encantamiento reproducido y reforzado por escritores y teóricos, no sólo debe ser problematizado, sino que es susceptible de análisis empírico. En cada uno de sus capítulos de Diego nos ofrece un ángulo distinto y complementario para descubrir y abordar el sistema de estructuras, actores y procesos que media entre autor y obra, y que permite (o impide) que un texto se convierta en ese objeto discreto que llamamos libro.

Los autores no escriben libros combina entradas de orden teórico-metodológico, estudios eruditos sobre capítulos particulares de la historia editorial y literaria argentina y del ámbito de lengua castellana, y reflexiones sistemáticas acerca de las transformaciones contemporáneas del mercado editorial y los modos en que estos cambios afectan los modos de producción, circulación y consumo de libros.

El ensayo que abre el libro, “Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos”, propone una reflexión teórica en torno a cinco “alternativas dilemáticas” que, de manera más o menos explícita, atraviesan al conjunto de las investigaciones contemporáneas sobre el libro y la edición: editores/políticas editoriales, libro/edición/lectura, nacional/mundial, disciplinario/interdisciplinario, y cuantitativo/cualitativo. En pocas páginas, el texto recorre y sintetiza parte de los aportes más significativos de autores clave como Roger Chartier, Robert Darnton, Pascale Casanova, Franco Moretti, Martyn Lyons y Gisèle Sapiro. Y al hacerlo ofrece un balance y una guía para emprender nuevas investigaciones. Sin embargo, de Diego no pretende entregar al lector una teoría unificada y aplicable a cualquier caso. De hecho, subraya que la posibilidad de resolver las tensiones entre claves analíticas a priori opuestas no reside en su convergen-



cia abstracta, sino en el estudio específico de casos.

Si el primer ensayo traza las formas externas de abordaje al mundo de los libros y de sus productores, el segundo cambia radicalmente el ángulo y se adentra en las formas en que la literatura describió y narró a los editores. Desde Balzac a Aira y Vila-Matas, pasando por Max Aub, Adolfo Castañón, Daniel Pennac y Haroldo Conti, “Editores en la literatura” recorre una galería de personajes que le sirven para revelar tanto los prejuicios y juicios que los propios escritores esbozaron acerca de esa suerte de socio y enemigo con los que estaban condenados a convivir, como los modos históricos que asumió la figura del editor a lo largo de más de dos siglos. Este movimiento hacia el interior de los libros evidencia la productividad heurística del punto de vista de los propios escritores para conocer mejor las transformaciones históricas de estos agentes, y, por extensión, del mercado del libro en su conjunto.

La segunda parte del libro se compone de cuatro estudios. El capítulo que lo abre, “Redes intelectuales y proyectos editoriales en América Latina”, propone trascender las fronteras nacionales a través de la más amplia geografía latinoamericana. Y para hacerlo se vale de la noción de redes intelectuales, con la que vuelve a anudar la producción y circulación material del libro con los productores intelectuales, con sus convicciones y proyectos políticos, en este caso latinoamericanistas. Pero a diferencia del modo más tradicional de considerar la actividad editorial en la historia intelectual, que la suele subsumir a los objetivos y prácticas políticas e ideológicas de un individuo o una organización, aquí el objeto libro gana en espesor al ser abordado como un ámbito en sí mismo, con toda la complejidad social y económica que le es propia. En el camino que propone se superponen nombres decisivos de la historia cultural de la región: Fondo de Cultura Económica, Ercilla, Sudamericana, Monte Ávila, la Biblioteca Ayacucho, Siglo XXI, Eudeba, y Centro Editor de América

Latina. El siguiente capítulo cambia de escala y nos invita a explorar con detenimiento la trayectoria del editor Santiago Rueda y la conformación de su catálogo. El trabajo opera en dos sentidos. Por un lado, relata la experiencia de un sello que, pese a guardar un lugar central en la historia literaria e intelectual de lengua castellana, había sido poco estudiado (aunque eso parece estar cambiando, pues además de este capítulo, en 2019 la editorial Tren en Movimiento publicó **Santiago Rueda. Edición, vanguardia e intuición**, de Lucas Petersen, con prólogo del propio José Luis de Diego). Por el otro, funciona como modelo de análisis del proceso de conformación de un catálogo.

El quinto trabajo del libro plantea un nuevo desplazamiento analítico. En este caso concentra la atención en un período específico, fines de los sesenta, para examinar la edición de literatura en Argentina. El lapso tomado no es caprichoso. Durante esos años, que son también los del auge del Boom latinoamericano, los autores de la región y, especialmente, los argentinos ganan peso en los catálogos nacionales. Este proceso, explica de Diego, estuvo estrechamente asociado con la progresiva pérdida del mercado español y la apuesta, necesaria, por el creciente público argentino. En pocas páginas y sobre la base de un relevamiento muy sólido, el autor muestra el vínculo directo, aunque evitando siempre reducir uno a otro, entre condiciones de mercado y los criterios que guían la selección de títulos. Finalmente, el último trabajo visita uno de los tópicos más relevantes de la actualidad para comprender, nuevamente, la relación entre creación literaria y cambios en el mercado editorial. Esto es, los efectos del proceso de concentración editorial sobre las formas de producción y circulación literaria en Argentina. A través de fuentes y datos muy diversos, de Diego traza un cuadro de conjunto que ilumina tanto las lógicas de la elevada y rápida rentabilidad que persiguen los grupos editoriales concentrados, como las apuestas literarias e intelectuales de las editoriales emergentes.

Si hace tiempo que los editores dejaron atrás su obstinación por la invisibilidad, por hablar solo a través de su catálogo, dando paso a la multiplicación de libros de memorias y entrevistas, los estudiosos del mundo editorial dieron un paso más al convertirlos en uno de sus objetos dilectos, en una puerta de entrada privilegiada para la comprensión de la dinámica cultural de una sociedad. Al igual que sus trabajos anteriores, el nuevo libro de José Luis de Diego es un ejemplo acabado de ese ejercicio.

Alejandro Dujovne
IDES-IDAES-CONICET

A propósito de Graciela Salto, Joaquín García Monge / Samuel Glusberg
Epistolario 1920-1958. Circulación y mercado editorial en América Latina, La Plata, Biblioteca Orbis Tertius / CeDInCI, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2019, 161 pp.

La publicación de un epistolario como el que se lee en este libro abre posibilidades al conocimiento. Por ello, que las cartas estén disponibles en un Centro como el CeDInCI, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, cuyos impulsores, desde hace años, se ocupan de atesorar y ordenar documentos vinculados con los idearios de izquierda constituye en sí mismo un primer paso para el acceso de los investigadores al archivo. También, que la Biblioteca Orbis Tertius se ocupe de habilitar este tipo de publicaciones implica un acicate para la edición ordenada de este tipo de materiales. Particularmente, la publicación anotada de las cartas que leemos en el libro de Graciela Salto denota un trabajo con varios y diversos archivos, como lo muestran las notas que se incorporan luego de cada una de las cartas. Esos agregados de información minuciosa recuperan el contexto, aclaran lagunas y aseguran el sentido para un lector que, por supuesto,